

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL
Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:
ROBERTO GUIDI

AÑO II

NÚM. 21-22

MAR. Y ABR. DE 1915



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

LA CARESTÍA DE LA VIDA

La vida es más cara, puesto que la queremos más agradable, más confortable, acompañada de más placeres, de satisfacciones materiales y, sobre todo, *de lujo*.

Subrayo la palabra porque expresa bien el secreto de nuestros contemporáneos.

La carestía de la vida revela la desproporción cada vez más marcada entre nuestros deseos, que nada limita, y nuestros recursos, siempre limitados.

Combatir la carestía de la vida significaría combatir el lujo y predicar la moderación en los deseos; pero esto corresponde más bien al moralista. Mi deseo es hablar solamente de la alza de los alimentos.

A este respecto no debe quedar ninguna duda; la elevación de los precios ha sido rápida, general y considerable.

He aquí el trigo, por ejemplo, el cereal que más nos interesa, puesto que nos da el pan. Ha variado, en la forma siguiente desde el año de 1870:

	Precio per quintal
1871-1880	Fr. 30.03
1881-1890	» 24.61
1891-1900	» 21.89
1901-1910	» 22.60

Se ve que después de haber sufrido una baja enorme (de 30 a 21.89 fr. por quintal) el precio del trigo candeal cambia a principios del siglo XX, y sube a 22.60 fr. No se

trata, como se ha supuesto, de una alza brusca debida a malas cosechas.

Los precios se elevan cuando aumenta nuestra producción, lo que puede demostrarse comparando las cosechas con los precios :

	Cosechas Millones de quintales	Precio por 100 kilos
1891-1900	85	Fr. 21.89
1901-1910	89	» 22.60

Estos términos medios son la expresión de la realidad, como se ve por las variaciones simultáneas de las cosechas desde 1900 :

	Precios	Cosechas
1900	Fr. 19.80	88
1901	» 20.50	84
1902	» 21.70	89
1903	» 22.60	98
1904	» 21.80	81
1905	» 23.40	91
1906	» 23.20	89
1907	» 23.80	103
1908	» 22.40	86
1909	» 24.00	97

Durante estos últimos diez años, los precios se elevan gradualmente, pero la producción no varía, se mantiene superior a 85 millones de quintales.

Pero en 1910, nuestra cosecha baja a 68 millones de quintales y los precios suben bruscamente a 25.92 fr. ; en 1911 las cosechas aumentan a 87 millones de quintales y en 1912 suben a 91 millones. Los precios deberían bajar, pero, por el contrario, se elevan hasta 26 y 27 fr. ; y, actualmente, el precio varía de 27 a 28 fr. por quintal.

Se ve bien claro que el alza no se debe exclusiva o principalmente a insuficiencia de producción, y debemos, pues, buscar su causa.

Por otra parte, esta causa ejerce la misma influencia so-

bre los demás cereales y sus precios varían en la misma forma que los del trigo. La papa ha sufrido también un alza análoga y valía fr. 5.35 por quintal de 1881 a 1890; 4.35 fr. de 1891 a 1900; de 1900 a 1906 este precio sube a 5.32 fr. y, de 1906 a 1911, a 7 fr.

Las legumbres, lo mismo que los textiles, han subido de precio durante los mismos años. Todos los vegetales han sufrido la misma influencia.

El vino mismo, después de una larga estabilidad de precio, ha aumentado en la misma proporción que las papas o el queso.

Entre los productos de origen animal, la carne ha encarecido considerablemente, hecho que ya se ha señalado repetidas veces. He aquí las cifras dadas por M. Picard en su último informe a la comisión de valores de aduana.

		Precio kilo carne	
		Buey	Carnero
1891-1900	...	Fr. 1.58	Fr. 1.83
1901-1906	...	» 1.56	» 1.86
1906-1910	...	» 1.66	» 1.97
1911	...	» 1.79	» 2.13

Este movimiento de alza es tan general que han experimentado la misma influencia la mantequilla, los huevos y las aves. Las materias primas industriales, como la lana, han aumentado de precio con mayor rapidez aún. En el caso de lanas cruzadas, o sea relativamente groseras, o de lanas finas, los precios se han elevado rápidamente en los últimos siete u ocho años; el alza varía entre 25 y 40 por ciento.

Puede decirse, pues, que el alza es general en Francia y afecta a casi todos los productos agrícolas.

Cabe ahora preguntarse si este fenómeno es propio de Francia. Podría creerse en la rutina o en la inercia de los productores agrícolas y atribuir la elevación de precios a la insuficiencia de producción de este país.

Para esto es necesario examinar lo que sucede en otras naciones.

Basta informarse un poco para adquirir la certidumbre

de que las sustancias alimenticias han subido de precio, no sólo en Europa, sino también en el resto del mundo.

He aquí cómo ha variado el costo de la alimentación en Inglaterra entre 1895 y 1909, según W. L. Ashley :

1895	100 ^a
1900	107
1909	116 ^a

El precio del trigo ha aumentado en un 25 por ciento entre 1906 y 1912 ; el del cerdo, de 13 a 21 por ciento. Las otras carnes han experimentado un alza enorme, a pesar de la enorme importación de carnes extranjeras.

En Holanda se observa el mismo fenómeno de encarecimiento. Recientemente el cónsul de Francia en Rotterdam escribía : «La cuestión del encarecimiento de la vida continúa preocupando la opinión pública; no pasa día sin que se registren en la prensa local quejas contra la situación actual, y se trata ya del aumento de precio de los alimentos, ya de la insuficiencia de los salarios».

Las siguientes cifras establecen el alza media observada en el costo de la vida desde 1900:

1900	100
1908	115
1909	114
1910	122
1911	121

En Suiza, estudios muy exactos revelan una situación análoga : todo sube, todos los alimentos encarecen. El alza parece aun más considerable que en Francia, tanto para los alimentos de origen animal como para los cereales.

Y llegamos a los Estados Unidos de América ; indudablemente los hechos deben ser muy diversos en un país productor y exportador de alimentos agrícolas como éste ; pero no es así, aquí también el alza de precios es general y rápida y sobrepasa a toda previsión. He aquí las variaciones de los precios de los cereales y de las papas en la gran república, entre 1890 a 1907 :

Precio en centavos

	Maíz	Trigo	Avena	Cebada	Centeno	Alforfón	Papas
1890-99	70	655	278	433	523	507	481
1900-07	101	723	334	460	593	603	560

No se nota ni una sola excepción: todos los precios son más altos, tal como en Francia. Tomando como base los aumentos de precio, de 1899 a 1909, para los productos obtenidos por «acre» de tierra cultivada se encuentran los aumentos siguientes:

	Alza o/o
Maíz	78
Trigo	114
Avena	54
Cebada	24
Centeno	88
Alforfón	88
Papas	61
Heno	48
Tabaco	56
Algodón	65

Desde 1909 el alza no tiene interrupción, salvo tal vez en los últimos meses de 1912. La oficina de estadística de Washington da estas cifras, que indican los movimientos de los precios de los diez productos del cuadro anterior.

1900	10
1905	132
1906	134
1907	147
1908	153
1909	160
1910	155
1911	155

De donde se desprende que en el espacio de diez años, el alza media pasa de 50 por ciento.

¿Qué sucede en este mismo país con respecto al ganado y a la carne? Encontramos la respuesta en el cuadro siguiente.

te, que indica las variaciones de los precios de los animales, por cabeza, entre 1890 y 1911 :

	Precio en dólares por Vacas	Carneros	por cabeza Cerdos
1890-1899	23	2,2	4,8
1900-1909	30	3,1	6,4
1909	32	3,4	6,5
1910	35	4	9,1
1911	40	3,7	9,3

Se ve que el aumento de los precios es enorme, a pesar del extraordinario desarrollo de la producción agrícola en un país que por largo tiempo ha asombrado por la potencia de su agricultura.

El alza de los precios es tan general que alcanza, en todo el mundo, a los grandes productos industriales, como la lana.

Después de 1895, el precio de la lana de las colonias, se ha elevado gradualmente, como lo manifiestan las cifras siguientes :

1895-1899	100
1900-1904	100
1905-1909	125
1910	132
1911	124
1912	124

El alza alcanzó, por consiguiente, a 25 por ciento.

Por otra parte, es un fenómeno general que no afecta sólo a las materias alimenticias. El estadígrafo inglés Sauerbeck ha estudiado las variaciones de precios de cuarenta y cinco mercaderías de las principales sustancias alimenticias-materias primas industriales, materias minerales, etc., y ha observado que el alza llega de 20 a 33 por ciento.

En presencia de tales hechos, es necesario renunciar a la esperanza de ver que los precios de las sustancias alimenticias vuelvan al nivel anterior.

No conocemos tampoco las cosechas efectuadas durante

el período 1880-1900, marcado por la dolorosa crisis que se conoce con el nombre de «crisis agrícola».

Es, pues, natural preguntarse cómo se puede explicar este aumento de precios tan extraordinario.

En casos semejantes, el público no vacila y atribuye siempre el alza a la insuficiencia de la producción, al cultivo malo, a la ignorancia del cultivador o también a la especulación y al monopolio que reduce momentáneamente las cantidades disponibles y provoca el encarecimiento. Pero nada de esto es verdadero.

Veamos lo que pasa en Francia. Con seguridad, se observa un alza cuando la cosecha del trigo es mala, y cuando la producción se eleva, los precios bajan; pero son variaciones pasajeras, accidentales. El aumento y la disminución de las cantidades producidas no explican las alzas prolongadas, persistentes, generales, como las que observamos desde hace diez años.

He aquí las cosechas de trigo en Francia de 1891 a 1900:

	Millones de quintales
1891	58,8
1892	84,5
1893	75,5
1894	93,6
1895	92,4
1896	92,6
1897	65,9
1898	99,3
1899	99,4
1900	88,5

Se puede notar que los años 1891, 1893 y 1897 se distinguen por cosechas excepcionalmente débiles. El término medio de los diez años no alcanza sino a 85 millones de quintales; el término medio de los precios llega a 21.89 fr. A partir de 1901, las cosechas sobrepasan casi siempre al término medio anterior, excepto la de 1910:

	Millones de qq
1901	84,1
1902	89,2

1903	98,7
1904	81,5
1905	91,1
1906	89,4
1907	103,7
1908	86,1
1909	97,7
1910	68,8

La producción media se eleva como nunca: alcanza a 89,1 millones de quintales y sobrepasa en 4 millones la cifra correspondiente a 1891-1900. Sin embargo, los precios se han elevado, alcanzando a 22.60 fr., ahora que lógicamente debían disminuir.

Por consiguiente, la disminución o la insuficiencia de la producción no son la causa de la carestía, y esto es tan verdadero que la producción del trigo en el mundo aumenta precisamente cuando los precios se elevan, como se desprende de las siguientes cifras:

	Producción mundial de trigo (Millones de qq).
1886-89	621
1890-99	692
1900-09	854

Hay que notar que sucede lo mismo con los productos de origen animal.

He aquí las cifras publicadas por el Ministerio de Agricultura a propósito de la producción de carne en Francia:

	Toneladas
1862	1.161.000
1892	1.570.000
1897	1.920.000
1909	2.311.000

De 1892 a 1909, sobre todo, el desarrollo de nuestra ganadería ha permitido suministrar casi 800.000 toneladas de carne; esta cantidad, comparada con la producción de años anteriores, representa un aumento de más de 47 por ciento. De 1897 a 1909, este aumento se eleva a 391.000 toneladas, o sea, al 20 por ciento.

Este contraste no debe sorprendernos, pues se observa

también con otros productos. Por ejemplo, la producción de lana aumenta cuando los precios sufren un alza rápida y muy marcada. Para estudiar este fenómeno, lo mejor es seguir las variaciones simultáneas de los precios y de la producción de las lanas coloniales.

Las exportaciones totales de Australia, el Cabo, Argentina, etc., han aumentado, de 1900 a 1912, en la forma siguiente mientras que los precios se elevan:

	Exportación en millones fardos	Precio por fardo en L.
1900	2	13
1901	2,5	10
1902	2,4	11
1903	2,3	13
1904	2	14
<hr/>		
Término medio	2,2	12,2
1905	2,3	15
1906	2,5	17
1907	2,9	16,5
1908	2,8	13
1909	3,3	15
<hr/>		
Término medio	2,7	15,2
1910	3,3	16
1911	3,4	15
1912	3,4	15

Del primer período al segundo, la producción pasa de 2,2 a 2,7 millones y aumenta por consiguiente en 20 0/0, mientras que los precios se elevan en 24 0/0. En 1910, 11 y 12 las cifras aumentan todavía más y los precios quedan estacionarios.

Debemos, pues, admitir que la insuficiencia de producción es enteramente extraña a la marcha de los precios. Jamás han sido más abundantes los productos y jamás (desde veinte o treinta años) han sido más caros! Tal es la verdad.

Es necesario, por tanto, explicarse y comprender las causas, que el público también quiere conocer, para encon-

trar un remedio a esta alza cuyas consecuencias sociales pueden ser desastrosas.

«Es la especulación, se escribe, es el monopolio lo que falsea los precios y permite algunos jugadores ávidos de enriquecerse a costa de todos».

¡Gran error! Toda especulación supone una parte contraria; las ganancias realizadas por el juego de bolsa a la alza suponen pérdidas iguales sufridas por los especuladores a la baja; luego estos últimos — desde diez años — estarían condenados a ser las víctimas de sus rivales.

Desde 1880 a 1900, es la baja, por el contrario, la que se acentúa y se precipita. ¿Cómo es que la especulación responsable de la alza de hoy causó la baja de ayer? Los monopolistas incapaces de elevar los precios hace diez años, ¿han tenido suficiente poder para subirlos?

El alza es general y se observa en el trigo, la carne, la lana, el algodón, y tanto en América como en Europa. Por consiguiente, la especulación y el monopolio obran en el mismo sentido y en todos los mercados. Es imposible saber y explicar por qué todas estas maniobras que provocan la baja durante veinte años, de 1880 a 1900 ha causado después el alza.

Se ve, entonces, que las explicaciones de este género son insuficientes o inadmisibles. El especulador «prevé» las variaciones de precio para sacar beneficio de ellas, pero no las «origina» o manda. Por otra parte, estas variaciones se producen en niveles diversos; el precio del trigo, por ejemplo, oscila de 20 a 25 fr. o de 25 a 30 fr.

El especulador se inquieta por las diferencias observadas entre un máximo y un mínimo, pero no obra sobre estos precios límites, es decir, sobre el nivel medio regulado por leyes económicas que el hombre sufre sin cambiar jamás.

Busquemos, por consiguiente, la causa principal de las alzas o de las bajas prolongadas que caracterizan los períodos.

Ya he tenido ocasión de decir que el público siempre atribuye las variaciones de precios, ya a la escasez, ya a la abundancia de las sustancias alimenticias; supone que con la misma moneda de oro se puede adquirir las mismas can-

tidades de objetos, sin imaginarse jamás que las fluctuaciones de los precios pueden resultar — permaneciendo constante la producción de sustancias alimenticias — de la escasez o de la abundancia del metal monetario, o sea, del oro.

Cuando el oro se hace más escaso, su poder de compra aumenta; hay que dar menos oro para adquirir la misma cantidad de alimentos o de servicios. A la inversa, cuando el oro abunda, su valor, es decir, su poder de compra disminuye y hay que dar más cuando se cambia por mercaderías o trabajo.

Esto no es una simple hipótesis, una concepción teórica; es la conclusión lógica que se saca de la realidad. Los precios tienen su historia y cuando se estudia, es fácil ver que los precios experimentan alzas o bajas prolongadas, persistentes, generales, que no tienen nada de común con las fluctuaciones accidentales resultantes de la abundancia o de la escasez de los productos.

Se puede notar, por ejemplo, que en el siglo XIX, el período que se extiende entre 1815 y 1850 se ha caracterizado por la baja o la estabilidad de los precios de las materias alimenticias; por el contrario, de 1850 a 1880, los precios se elevan muy por encima del nivel precedente.

Después de 1880, se vuelve a producir la baja; los agricultores y propietarios dan gritos de alarma, se quejan del descenso de los precios que reduce sus entradas y disminuye sus beneficios. Las mismas quejas se habían sentido bajo la Restauración, sesenta años antes, puesto que fenómenos económicos periódicos y semejantes entrañan las mismas consecuencias.

Pero de repente los precios se elevan. De un solo golpe suben tan alto que el consumidor se indigna. Entramos ahora en un nuevo período de alza, análogo al que conocieron nuestros padres de 1850 a 1880.

Pues bien, cada vez que los precios han bajado, se ha podido comprobar una disminución absoluta o relativa de la producción de metales preciosos y siempre que los precios se elevan y alcanzan a un nivel superior al precedente, se comprueba que los metales monetarios han sido poco abundantes.

En 1850 hace su aparición el oro de California y su

producción anual permanece durante cinco años cinco veces más abundante que en el reinado de Luis Felipe. La depreciación del metal amarillo significa la disminución de su poder de compra y los precios suben.

A fines del siglo XIX, es el oro del Transvaal el que provoca la misma revolución económica. He aquí el valor de la recolección de este metal, a partir de 1892.

	Millares de L.	
1892.....	146	
1893.....	158	
1894.....	182	
1895.....	198	
1896.....	211	
1897.....	237	
1898.....	287	
1899.....	311	
1900.....	258	Influencia de la
1901.....	260	guerra Anglo-
1902.....	298	Boer.
1903.....	329	

El crecimiento es palpable. He aquí cómo se precipita :

1904	349
1905	378
1906	405
1907	411
1908	443
1909	459
1910	454
1911	459
1912	469

Se ve, entonces, que la producción anual del oro se ha triplicado desde 1892 y las cantidades extraídas se acumulan en vez de desaparecer, pues el oro amonedado no ha sido «consumido» en el sentido habitual de la palabra. Permanece, circula y su abundancia — que pocos sospechan — reduce su poder de compra.

Por consiguiente, los precios se elevan y ninguna po-

tencia humana es capaz de limitar esta alza; se la observa en todas partes y en todas ejerce la misma influencia sobre los precios de las materias alimenticias. Su acción es invisible pero cierta.

Esta acción del alza general sobre los precios de los alimentos significa la reducción del poder de compra de todos los presupuestos o salarios que no se elevan en la misma proporción que el costo de la vida.

La misma moneda ya no se cambia por la misma cantidad de productos.

Para muchos, para todos, en especial para aquellos cuyas entradas son fijas, el alza de precios equivale a una disminución de bienestar.

Sin duda, el equilibrio se restablece tarde o temprano; los salarios se elevan, los sueldos aumentan; pero al cabo de un período de elevación de precios, el consumidor sufre, se queja, se indigna, reclama medidas de protección, se dirige a los poderes públicos... y los precios suben siempre.

En efecto, el estado es impotente, puesto que los hechos económicos no dependen del capricho de los hombres ni de la buena voluntad del legislador. El mayor servicio que los poderes públicos pueden prestar es el de mantener seguras y libres las transacciones, garantizar la propiedad de sus mercaderías a los vendedores protegiéndolos contra tasaciones arbitrarias.

Con todo, el alza actual ofrece sus ventajas. En este momento, el alza de los alimentos asegura gruesas entradas a los agricultores, aumenta sus beneficios, hace cesar la crisis que sufrían desde hace veinticinco años y aumenta considerablemente el valor del suelo.

El alza de las sustancias alimenticias favorece ciertos intereses sacrificando otros, desplaza la riqueza y modifica momentáneamente la repartición.

Insisto en la palabra «momentáneamente», pues el alza lleva consigo y nos suministra el remedio que la va a atenuar.

El primer remedio es el desarrollo de la producción, o en otros términos, la abundancia.

El agricultor, ahora más que nunca, está llamado a producir, puesto que sus ganancias aumentan en razón de la elevación del precio de venta. Por consiguiente, el aumento inevitable de la producción viene a limitar y atenuar el alza. Lo que es verdadero en Francia, lo es también para los países extranjeros, ya que la misma causa debe producir los mismos efectos.

Pero esta abundancia de productos alimenticios no puede suministrar todos los servicios que se le piden, si por otro lado el legislador levanta o mantiene obstáculos aduaneros a la entrada de las mercaderías. Los derechos de aduana, en efecto, elevan los precios por encima del nivel que alcanzarían normalmente con un régimen de libertad comercial.

En este momento, el trigo vale 20 fr. los 100 kilogramos en Inglaterra y 28 fr. en Francia. Esta diferencia es el resultado de la protección aduanera acordada a los productores de trigo francés. El derecho de 7 fr. por quintal provoca un encarecimiento artificial, que es inferior o superior al total del derecho, pero cuya influencia la sentimos todos. Lo que digo del trigo es aplicable a la carne, la mantequilla, los quesos o a las papas.

Ya que el alza actual asegura a los agricultores precios remuneradores, conviene reducir los derechos de aduana.

Los intereses del consumidor exigen esta política nueva, humana y democrática, puesto que se trata de atenuar los sufrimientos que impone a los más pobres la elevación del costo de la alimentación.

Las enseñanzas del pasado no deben olvidarse; sabemos que los productos agrícolas jamás se han vendido durante la Restauración mejor que en el segundo Imperio. Durante el período 1815-1848, la protección aduanera se ejercía a beneficio del productor agrícola, y durante el segundo (1852-1870) los derechos de aduana se suprimieron. Cierto que el alza natural y rápida impuso sacrificios al consumidor durante el segundo Imperio, pero fué limitada por la concurrencia extranjera.

La libertad de transacciones respetaba todos los derechos sirviendo todos los intereses. Esta libertad — propia

de los períodos de carestía — constituye el segundo remedio, cuya eficacia no puedo dejar de señalar.

Hay otro todavía, que es precisamente la higiene de la alimentación.

Conviene hacer con el hombre lo que el agricultor ha hecho con los animales desde mucho tiempo.

Es un error creer que basta dejar los animales en un campo para asegurarles su alimentación; el campo no produce pasto en el invierno y los recursos mismos que suministra son insuficientes. Los que crían y engordan animales emplean los alimentos más variados y les dan una «ración», cuyos elementos se dosifican, se pesan y se calculan para aumentar la digestibilidad de los materiales nutritivos.

Al forraje y a las raíces, a la paja y al heno, se agregan residuos industriales. Todo se ha previsto — después de muchos ensayos — para obtener una buena nutrición al menor precio posible».

Pues bien, la Sociedad de Higiene alimenticia se ha propuesto el mismo fin. Los hombres de talento y de dedicación que la forman han encontrado y se proponen vulgarizar las fórmulas que permiten nutrirse bien — según las edades y profesiones — al menor precio posible. Los eminentes colaboradores de M. Gautier prestan, por consiguiente, servicios inapreciables a los que siguen sus consejos; ellos nos enseñan a comer bien y a luchar victoriosamente contra el alza. Jamás ha sido más útil su apostolado que en estos momentos, puesto que la elevación de los precios nos obliga a reducir al mínimum el costo de nuestra nutrición. Vemos cómo esta sociedad aporta una solución definitiva al problema de la carestía de la vida.

El problema de la alimentación puede tratarse en los más variados aspectos. A mí no me corresponde tratar más que el problema económico o indicar sus caracteres especiales, e insistir, sobre todo, en la generalidad del movimiento de alza.

DANIEL ZOLLA.